



GARY SHTEYNGART

“Mis padres adoraban América, pero se sentían culturalmente superiores. En su primer día de trabajo como ingeniero, mi padre le dio la brasa a un compañero hablándole de Lenin. ¿Sabe qué le contestó? ‘Yo prefiero a McCartney’”

TEXTO Miqui Otero _ FOTOGRAFÍA Albert Jodar



Gary Shteyngart posa para ICON en el Parc de la Ciutadella (Barcelona) con cara de no entender cómo es posible que nunca apareciera en un capítulo de *Seinfeld*.

Ruso y judío de 47 años, emigró de niño de Leningrado a Nueva York. Ha escrito algunos de los más cómicos libros de la literatura actual y ahora edita su mejor broma: una autobiografía

Ahí, en esa vieja fotografía, está Gary Shteyngart: bajo el *kipá* que cubre su coronilla, nacen dos orejones que convierten su cabeza en algo parecido al trofeo de la Champions League. En su muñeca izquierda, luce un reloj Casio que toca tanto el himno yanqui como la rusa *Kalinka*. El niño de esta imagen ofrece su sonrisa con diastema, pero en realidad se odia a sí mismo, porque prefiere la segunda canción a la primera. Aquí, en Barcelona, está Gary Shteyngart: con la coronilla despejada (de pelo y de *kipá*), unas gafas de pasta redondas y una prometedor barriga. Acaba de publicar su primer libro de memorias. El título se lo dio su madre: cuando tenía la edad de la fotografía mencionada, lo llamaba una y otra vez *faïlurchka*. *Pequeño fracaso* (Libros del Asteroide) es tan divertido como sus anteriores novelas, pero aún más rico en todos esos matices que van del “me río por no llorar” al “lloro de la risa”.

Cuando era el niño de la fotografía del reloj Casio que incluye en el libro, debía ser la época en que Rocky machacaba al ruso Ivan Drago en Moscú. No cuesta imaginar que después de ver *Rocky IV* en el patio ensayaran con usted.

En aquella época, el país donde había nacido era el Imperio del Mal. Era tan chungo que tenía que mentir en el cole y decir que había nacido en Berlín Este y no en Leningrado. Sabes que algo va mal cuando intentas convencer a los niños judíos de tu cole de que eres alemán.

Los escritores judíos tienden a quejarse. Pero es que usted encima era ruso y *nerd*, cuando ser *nerd* no era precisamente una ventaja.

Exacto. Ahora miro a mi hijo y le digo: ‘Si te lo propones de verdad, puedes llegar a ser un *nerd*. ¡El futuro es de los *nerds*!’. En mi época, claramente no era así. De todos modos, no estoy en contra de quejarse: creo que la gente debería ser más quejica y así quizás este mundo sería un lugar más habitable. Quejarse es una maravillosa tradición judía.

Su amigo Jonathan Ames, que viene de esa tradición, dice que “debería demandarse a sí mismo por difamación y plagio”.

Entonces yo debería acusarme de drogadicción y alcoholismo en el pasado y de no cuidarme: me estoy poniendo gordo. Cuando salió mi primer libro pensé que tendría muchísimo sexo, pero la conclusión es siempre la misma: no somos nada.

“Creo que la gente debería ser más quejica y así quizás este mundo sería un lugar más habitable”

Cuando tenía unos cinco años, escribió una novela sobre un Lenin resucitado que conquistaba Finlandia a lomos de un ganso mágico. Quería ganarse el amor de su abuela comunista. ¿Aún le preocupa la respuesta de su familia?

Por suerte, *Pequeño fracaso* aún no ha sido traducido al ruso, así que mis padres no lo han leído. En la primera lectura que hice, se me acercó una señora rusa gritándome que gente como Woody Allen y yo estábamos matando el judaísmo. Luego me pidió que se lo firmara para su hija. Típico.

Descubrió junto a su padre la sexualidad capitalista cuando entraron por error en un cine donde ponían *Emmanuelle*.

Aún pienso en esa escena. Mis padres adoraban América, pero se sentían culturalmente superiores. En su primer día de trabajo como ingeniero, mi padre le dio la brasa a un compañero hablándole de Lenin. ¿Sabe qué le contestó? ‘Yo prefiero a McCartney’. **Su transición de esa Rusia de los setenta a EE UU es un poco *El mago de Oz*: del blanco y negro al *technicolor*. Pero incluso el reino de *Oz* es falso.**

Todos los *ismos* me han decepcionado. Primero fue el comunismo. Luego pensé en el judaísmo y el capitalismo como un gran Big Mac Combo. Pero todo te decepciona. Quizás por eso hago sátira, porque soy un romántico frustrado.

Volvamos a *Rocky*. Cuando machaca a Drago en Moscú, el público lo jalea por su heroísmo. Él grita: “¡Todos podemos cambiar!”. Usted ha cambiado mucho. Fue a varios colegios y tuvo distintos mo-tes, ha pasado de la *ushanka* a la gorra de béisbol. Cada vez que cambiaba de colegio, estrenaba una identidad distinta a la anterior. Era un proceso de reinención muy americano. Creo que voy a intentar parar y me voy a quedar tal como estoy. No es que me chifle, pero estoy algo harto.

¿No apoyará al Tea Party?

Bueno, es que cuando fui un niño republicano fanático de Reagan, yo lo único que quería era que me dejaran de llamar comunista. Y de Rusia había entendido dos cosas: la mentira y el amor a un líder.

Y a soportar el asma. Yo también lo tenía, y mi abuela gallega, ultracatólica, se ponía a los pies de la cama a rezar, pero no llamaba al médico.

¿En serio? Creo que tener asma es crucial para ser escritor. Todo ese tiempo que pasas en cama, leyendo porque no puedes hacer deporte, desarrolla un mundo paralelo. Además, cuando me fui de Rusia, donde con cada crisis acababa en el hospital, respiré bien por primera vez. Recuerdo cuando me dieron un inhalador en Viena: ¡*Asma über alles!* *